José Sanchis Sinisterra

José Sanchis Sinisterra (Valencia, 1940). Fundador del Teatro Fronterizo (1977) en Barcelona. En 1989 pone en marcha el proyecto Sala Beckett, que dirige hasta 1997. De su extensa obra, traducida y estrenada en múltiples países, cabe destacar *Tú, no importa quién* (1962), *Demasiado frío* (1965), *Algo así como Hamlet* (1970), *La noche de Molly Bloom* (1979), *Ñaque o De piojos y actores* (1980), *¡Ay, Carmela!* (1986), *Perdida en los Apalaches* (1990), *El cerco de Leningrado* (1989-1993), *Trilogía americana* (1992), *Bienvenidas* (1993), *Marsal Marsal* (1994), *El lector por horas* (1996), *La raya del pelo de William Holden* (1998), *Sangre lunar* (2001), *Flechas del ángel del olvido* (2004) y *Misiles melódicos* (2005). Recientemente ha sido galardonado con el Premio Nacional de Literatura Dramática 2004 por *Terror y miseria en el primer franquismo*.

EL AÑO PASADO EN TOULOUSE

(Ejercicio)

Personajes
CLAUDIO, próximo a los 50, calvo, obeso.
BASIL, próximo a los 40, buena presencia.
ALICIA, hacia los 35, atractiva.

Lugar
Despacho lleno de libros y papeles que cubren estanterías y muebles y apenas dejan espacio libre.

ACCIÓN
(CLAUDIO, vestido con un kimono japonés, sentado en el suelo, come de una enorme fuente de spaghetti. Permanece prácticamente imperturbable –salvo cuando se indique– a lo largo de toda la escena.
ALICIA, apenas cubierta con una liviana bata de ir por casa, se desplaza casi constantemente por los espacios libres del despacho y fuma en una larga pipa curvada.
BASIL, con abrigo, sombrero y una gran cartera en la mano, apenas se aparta de la puerta entreabierta.

Hay un largo silencio, roto al fin por BASIL.)

BASIL.– *(A CLAUDIO.)* Sí. (*Pausa*.) Puede que tengas razón. (*Pausa*.) Seguiré investigando.
ALICIA.– *(A CLAUDIO.)* De todos modos, en su crítica de Schüz y sus tesis de la relevancia temática, estuvo francamente brillante. De veras: puedes sentirte orgulloso. Te dejó en buen lugar, tu discípulo. (*Pausa*.) Al menos, en el terreno intelectual.
BASIL.– *(A CLAUDIO.)* Incluso... creo que cambiaré la última parte. Para una publicación, sí, es un poco precipitada. Eso querías decir, ¿no?
ALICIA.– *(A CLAUDIO.)* ¡Y si vieras lo incómodos que estaban los cretinos del ala anglosajona...! McLaurin, Phillipson... y sobre todo Leonard. (*Ríe*.) Leonard estuvo a punto de salir del Paraninfo cuando Basil arremetió contra la escuela fenomenológica... ¡sin mencionarle! Estuvo genial. (*Pausa*.) Como siempre.
BASIL.– *(A CLAUDIO.)* Bueno... Tengo que irme.
ALICIA.– *(A CLAUDIO.)* A su lado, me sentía una principiante, tengo que reconocerlo. Mi ponencia no estaba mal, ya lo sabes; pero, claro: inmediatamente después de la suya, tan polémica...
BASIL.– *(A CLAUDIO.)* Te enviaré las conclusiones, para que les des un vistazo.
ALICIA.– *(A CLAUDIO.)* La verdad es que todo el tiempo me sentí una principiante a su lado... Sí: tu discípulo es todo un maestro, te lo puedo asegurar. Y conoce unos lugares de Toulouse... que ningún congresista podría ni imaginar, seguro.
BASIL.– *(A CLAUDIO.)* Por cierto: ¿conviene que cite en ellas a Langer? Al menos en las conclusiones... Eso no nos compromete.
ALICIA.– *(A CLAUDIO.)* Le gusta presumir de inexperto, pero... Por ejemplo, dímelo sinceramente, Claudio: ¿no te parece una forma de soberbia eso de consultarte hasta los puntos y las comas?
BASIL.– *(A CLAUDIO.)* No, tienes razón. Mejor no citarle.
ALICIA.– *(A CLAUDIO.)* Él sabe perfectamente que su campo no es el tuyo. Que tú le diste el método, pero nada más.
BASIL.– *(A CLAUDIO.)* Es como una sanguijuela. En Toulouse no se separó de mí ni un minuto. (*Pausa*.) Me refiero a Langer.
ALICIA.– *(A CLAUDIO.)* Quizás piensa que, consultándote, no te darás cuenta de cómo te está usurpando el primer puesto.
BASIL.– *(A CLAUDIO.)* Él sabe muy bien que eres mi maestro y...
ALICIA.– *(A CLAUDIO.)* Todos se dieron cuenta en el congreso. "Es el número uno", decían. Y yo estoy de acuerdo: es un número uno. Fue todo un descubrimiento, de veras. Tuve ocasión de comprobar que...
BASIL.– *(A CLAUDIO.)* Ni un minuto, no te exagero. Día y noche persiguiéndome... incluso en el hotel.

ALICIA.– *(A CLAUDIO.)* ¿Tienes calor? (*Se acerca a CLAUDIO y le seca el sudor de la cabeza y de la cara con los bajos de su bata, minuciosamente*.) En Toulouse también pasamos mucho calor... Día y noche, incluso en el hotel.
BASIL.– *(A CLAUDIO.)* Le interesaban, sobre todo, tus tesis sobre Worringer.
ALICIA.– *(A CLAUDIO.)* Menos mal que Basil conocía unas terrazas deliciosas junto al río. Allí, por lo menos, de noche se respiraba bien. Y tan tranquilas, tan discretas...
BASIL.– *(A CLAUDIO.)* Imagínate: las tres noches, hasta las tantas, *no* explicándole a Langer tus tesis sobre Worringer... (*Ríe*.)
ALICIA.– *(A CLAUDIO.)* Y no creas que es tan serio como parece. Tiene un sentido del humor encantador... aunque algo picante, la verdad. Por lo menos, para una mujer casada. (*Ha terminado de secarle el sudor y le besa en la calva*.) La verdad es que nos reímos muchísimo. Es lo bueno de esos congresos tan... multitudinarios: que no es difícil escaparse. Y nadie se da cuenta.
BASIL.– *(A CLAUDIO.)* Mejor que no vinieras. Eran unas sesiones... maratonianas.
ALICIA.– *(A CLAUDIO.)* Es tan excitante la... furtividad, ¿no crees? Bueno, eso contigo es imposible, incluso fuera del mundo académico. Yo bien te lo advertí, ¿te acuerdas?, cuando te ofrecieron el programa: "Piénsatelo, Claudio, que la televisión acaba con la vida privada...". ¿Te acuerdas? Pero tú... (*Pausa*.) En cambio, a Basil, cuando se quita el sombrero, no le reconocen ni sus alumnos... (*Ríe*.)
BASIL.– *(A CLAUDIO.)* Bueno... Tengo que irme. El avión sale dentro de...
ALICIA.– *(A CLAUDIO.)* Y ahora, mírate: convertido en un bufón de la inteligencia.
(CLAUDIO deja de comer. Queda un momento inmóvil, con la vista fija en la fuente. Luego se vuelve hacia BASIL con una oscura demanda en la mirada.)
BASIL.– *(A CLAUDIO.)* Se me está haciendo tarde. Te escribiré. (*Pausa*.) ¿Qué?
ALICIA.– *(A CLAUDIO.)* Ser una más, ¿comprendes? Una más. Pasar desapercibida entre la gente. Mirar y que te miren, como hace todo el mundo, sin mayor interés... Que te abrace tu hombre en plena calle y te bese brutalmente, y que nadie vuelva siquiera la cabeza. Descalzarse y meterse juntos en una fuente pública. Cantar en mal francés a dos voces y, luego, abrazarse entre risas, con la ropa mojada. Y correr a buscar un hotelito sórdido, y llegar ya medio desnudos a un cuarto sin persianas, y...
BASIL.– *(A CLAUDIO, gritando*.) ¡Estuve en todas las sesiones! ¡Me tragué todas las ponencias! (*Muy alterado, abre la cartera y busca algo en ella; al hacerlo, caen libros y papeles por el suelo*.) ¡Tengo aquí... tengo aquí las notas! ¡Te las enseñé! ¿Te acuerdas? Te las enseñé cuando vine en abril... ¿No te acuerdas? Las tengo aquí. Notas de todas las ponencias. La de Pannenberg... La de Dupeyron... La de Brener y Posner... Las dos de Wunderlich... La de Coletti... Tiene que estar aquí... Las de Leonard y

Phillipson... Siempre las llevo encima, desde el año pasado, siempre encima, desde Toulouse...
(CLAUDIO deja de mirarle y vuelve a comer spaghetti.) Desde aquel horror de Toulouse, con Langer pegado a mí como una sombra, día y noche pegado a mí, queriendo sonsacarme tus tesis sobre Worringer... (*Se detiene súbitamente; mira perplejo su cartera vacía y el pequeño caos que le rodea*.) No lo comprendo... no están aquí... las llevo siempre encima... (*Mira a ALICIA por primera vez, que también le mira. Silencio*.) ¿Por qué?
(ALICIA no responde. CLAUDIO come spaghetti.)
OSCURO RÁPIDO

NOTA

Texto publicado en: *Art Teatral (Cuadernos de minipiezas ilustradas)*, 20 (2005), págs. 75-77.